

Evangelio del domingo: el administrador fiel y prudente

Comentario del 19.º domingo del tiempo ordinario (Ciclo C). "Porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón". Levantemos la mirada más allá de lo momentáneo y asomemos la vista al tesoro que nos espera. Así, obraremos de modo justo y misericordioso.

Evangelio (Lc 12,32-48)

No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino. Vended vuestras bienes y dad limosna. Haceos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota en el cielo, donde el ladrón no llega ni la polilla corroe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

Tened ceñidas vuestras cinturas y encendidas las lámparas, y estad como quienes aguardan a su amo cuando vuelve de las nupcias, para abrirle al instante en cuanto venga y llame. Dichosos aquellos siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les servirá. Y si viniese en la segunda vigilia o en la tercera, y los encontrase así, dichosos ellos. Sabed esto: si el dueño de la casa conociera a qué hora va a llegar el ladrón, no permitiría que se horadase su casa. Vosotros estad

también preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre.

Y le preguntó Pedro:

— Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?

El Señor respondió:

— ¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el amo pondrá al frente de la casa para dar la ración adecuada a la hora debida? Dichoso aquel siervo a quien su amo cuando vuelva encuentre obrando así. En verdad os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. Pero si ese siervo dijera en sus adentros: «Mi amo tarda en venir», y comenzase a golpear a los criados y criadas, a comer, a beber y a emborracharse, llegará el amo de aquel siervo el día menos pensado, a una hora imprevista, lo castigará duramente y le dará el pago de los que no son

fieles. El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no fue previsor ni actuó conforme a la voluntad de aquél, recibirá muchos azotes; en cambio, el que sin saberlo hizo algo digno de castigo, recibirá pocos azotes. A todo el que se le ha dado mucho, mucho se le exigirá, y al que le encomendaron mucho, mucho le pedirán.

Comentario

Jesús se dirige a sus discípulos enseñándoles a cuidar del pueblo de Dios a ellos encomendado.

Valiéndose de algunas paráboles y comparaciones, marca el estilo de vida que ha de caracterizar a los pastores de la Iglesia.

De entrada, puesto que han de vivir intensamente, con la grandeza de quien tiene el corazón lleno de

ideales, los llama a ser sobrios y estar desprendidos de riquezas. Dios es Padre, y cuidará de ellos y de sus necesidades, así que no necesitan atesorar para sí mismos. Jesús los invita a vivir con una lógica de amor que se manifieste de modo preferente en la atención de los demás.

Eleva sus pensamientos hacia lo alto, para que ponderen los valores a los que ajustar su existencia, teniendo en cuenta que habrán de dar cuenta de sus actos delante de Dios. Las dos parábolas del Evangelio de este domingo sirven como una amable exhortación a la vigilancia. Con ejemplos tomados de la vida ordinaria de su tiempo, el Señor los llama a estar despiertos y permanecer vigilantes.

Dice Benedicto XVI que “esta vigilancia significa, de un lado, que el hombre no se encierre en el

momento presente, abandonándose a las cosas tangibles, sino que levante la mirada más allá de lo momentáneo y sus urgencias. De lo que se trata es de tener la mirada puesta en Dios para recibir de Él el criterio y la capacidad de obrar de manera justa. Por otro lado, vigilancia significa sobre todo apertura al bien, a la verdad, a Dios, en medio de un mundo a menudo inexplicable y acosado por el poder del mal. Significa que el hombre busque con todas las fuerzas y con gran sobriedad hacer lo que es justo, no viviendo según sus propios deseos, sino según la orientación de la fe”[1].

Todo eso lo ejemplifica Jesús con las parábolas de los siervos vigilantes (Lc 12,35-40) y del administrador fiel y prudente (Lc 12,42-48). Tanto la palabra “siervo” (*doulos*, en griego) como “administrador” (*oikonomos*), son términos que en la Iglesia

primitiva designan a aquellos que han de poner especial empeño en el cuidado de los demás hermanos en la fe. Así, por ejemplo, San Pablo mismo se presenta como “Pablo, siervo de Jesucristo” al inicio de la carta a los Romanos (Rm 1,1), al que le gustaría ser considerado por los fieles como “administrador de los misterios de Dios” (1 Co 4,1), y, en continuidad con lo que Jesús había enseñado en esta parábola, señala que “lo que se busca en los administradores es que sean fieles” (1Co 4,2).

Entre las tareas del “administrador” fiel, Jesús señala en primer lugar la de “dar la ración adecuada a la hora debida” (v.42). Muy posiblemente, no se refiere sólo a las cuestiones alimentarias, sino que, apunta delicadamente a la Eucaristía. La principal tarea de los sucesores de los Apóstoles y sus colaboradores en el sacerdocio consiste, sin duda, en

poner a disposición del pueblo cristiano el alimento del alma.

La venida gloriosa de Cristo, para juzgar a vivos y muertos, no ha de ser contemplada con temor por aquellos que han sido siervos fieles, pues él mismo se pondrá a servirlos en aquel momento: “en verdad os digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les servirá” (v. 37). “Esto implica - comenta también Benedicto XVI- la certeza en la esperanza de que Dios enjugará toda lágrima, que nada quedará sin sentido, que toda injusticia quedará superada y establecida la justicia. La victoria del amor será la última palabra de la historia del mundo”[2].

[1] Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret II. Desde la entrada*

en Jerusalén hasta la Resurrección
(Madrid: Encuentro, 2011), p.
333-334.

[2] *Ibidem*, p. 333.

Francisco Varo

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-ve/gospel/evangelio-domingo-decimonoven-ordinario-ciclo-c/> (02/02/2026)